Globethics Repository



Panamá, de movimientos sociales a partidos populares [Panama, social movements to popular parties]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Castro, Nils
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-10 19:33:55
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220305

Panamá, de movimientos sociales a partidos populares

Nils Castro

Como en gran parte de América Latina, en los últimos años, en Panamá los movimientos sociales rebasaron a los partidos políticos, en particular después de la intervención extranjera. Estos movimientos - sindicales y gremiales, barriales y de víctimas y damnificados de la invasión, juveniles y estudiantiles precipitaron la crisis del régimen instalado por el golpe militar estadounidense en diciembre de 1989 y, al cabo, posibilitaron reabrir un espacio a los partidos de efectiva oposición.

Tras la crisis política precedente, la intervención extranjera generó una situación históricamente nueva. Durante los tres siguientes años, se evidenció un desfase o agotamiento del liderazgo político anterior, lo que venía incubándose de antemano. Temporalmente, pareció que serían dichos movimientos quienes podrían colapsar al gobierno e iniciar la reconstrucción de la soberanía popular y nacional. Pero no fue así.

Nils Castro: Catedrático y ensayista panameño. Dirigente del Partido Revolucionario Democrático.

Se hicieron necesarios

En realidad, desde el 19 de mayo de 1990 esos movimientos protagonizaron la resistencia nacional y social, que alcanzó su apogeo el 11 de junio del 92, cuando abortaron un acto oficial en homenaje al candidato-presidente George Bush. No obstante, poco después madurarían otros factores: Bush, «padrino» del régimen

títere, perdió en las elecciones norteamericanas del 3 de noviembre, y el 15 de ese mes, en Panamá, el gobierno de Endara fue derrotado en el referéndum constitucional con el cual esperaba legitimarse.

Pero la victoria nacionalista en el referéndum no fue organizada por esos movimientos, sino por un partido político característico de la época anterior, el Partido Revolucionario Democrático (PRD, torrijista) que, poco antes, en su congreso del 11 de octubre, había completado su proceso de reorganización. Aunque no toda la votación antigubernamental puede atribuirse a ese partido, es muy improbable que el éxito hubiera podido darse sin la gestión organizadora de su abarcadora red de militantes.

Vertebrar el voto oposicionista en el referéndum implicó dirigir y administrar una operación electoral de gran escala demográfica y territorial, lo que rebasaba las posibilidades del diversificado mosaico de movimientos sociales: requería de un partido nacionalmente estructurado y dotado de cuadros con la necesaria experiencia.

Poco después, la derrota de Bush, y el aislamiento y descrédito de los grupos integrantes del régimen panameño - demostrados en el mismo referéndum - darían, a su vez, mayor credibilidad a las elecciones previstas para realizarse en Panamá en mayo del 94, lo que reasigna un papel a los partidos y a su relación con las organizaciones sociales.

Por encima de la potencialidad histórica de dichos movimientos, o de cualquier especulación teórica, ese hecho puso en escena un calendario preelectoral, cuya posibilidad muchos dirigentes de una u otra militancia preveían, pero que hasta entonces no se invocaba públicamente. Al salir del receso navideño y las fiestas de carnaval, en 1993 la sociedad panameña se encontró ante un hecho nuevo: el protagonismo político volvía a pasar de los movimientos sociales a los partidos políticos, otra vez necesarios.

La reconstrucción del PRD - que hoy, resistiendo a las persecuciones y en la oposición, tiene más afiliados que antes de diciembre del 89 - reflejó al menos dos cosas. Una, que desde el segundo trimestre de 1990 muchos de sus miembros de filas descollaron por su cuenta en los movimientos sociales, respondiendo al sentir de sus bases «naturales», sin que esto fuera decidido por su dirigencia superior. Y que, por ello, cuando pudo emprenderse la reorganización del partido, esos militantes habían ganado o fortalecido sus propios liderazgos, renovando buena

parte de la dirigencia partidaria y la forma de sus relaciones con los líderes de base. La otra, que poco después el PRD sería la única estructura política nacional con capacidad para organizar y defender el voto antigubernamental en el referéndum. Así, al menos temporalmente, reapareció como lo más similar a un «partido de los movimientos sociales». En consecuencia, aunque desde la muerte de Omar Torrijos el PRD carece de un líder dominante, al prefigurarse el calendario preelectoral pasó a ser la formación política hacia la cual más fluyen los dirigentes locales y sectoriales que aspiran a cargos de representación popular.

La otra mitad

Pero ello dista de explicar todas las conductas políticas. En una encuesta[*] realizada el pasado febrero en el área metropolitana, al preguntarse a los ciudadanos por sus preferencias respecto a las corrientes ideológicas prevalecientes en la cultura política panameña, más del 16% dijo que «el torrijismo», el 6,5% que «el arnulfismo» y el 6% que «la democracia cristiana»[1]. A primera vista, ello confirma que el torrijismo aventaja a sus anteriores contrincantes ideológicos.

Sin embargo, aunque la misma encuesta señala que más del 71% de la población desaprueba al actual gobierno, un impresionante 53% de los ciudadanos contesta que no se adhiere a ninguna de esas tres corrientes, afirmando que «se necesita una fuerza nueva». Es decir, el torrijismo - sin entrar en mejores definiciones de lo que este concepto político significa - vuelve a contar con la mayor cuota de simpatías, pero no se le percibe suficientemente «nuevo» por esa otra mitad de la población.

Al preguntar por las preferencias específicamente electorales respecto a los pocos partidos existentes, más del 14% responde que votará por el PRD, y otro tanto que lo hará por el movimiento Papa Egoró (nombre indígena que significa «madre tierra»), aglutinado en torno a la candidatura del compositor y cantante Rubén Blades[2]. Todos los demás partidos (11 inscritos y 4 en proceso de registro) registran porcentajes mucho menores. Es claro que Blades, cuyo atractivo político - mayoritariamente urbano - reside en las connotaciones sociales de su cancionero, capta una porción importante pero minoritaria de aquel 53%.

---

[*] No se han recibido fuentes u otras precisiones sobre esta encuesta (NR).

[1] El arnulfismo, también conocido como «panameñismo», es un informe populismo de derecha que debe su nombre al viejo caudillo Arnulfo Arias, ya fallecido.

[2] Conocido como creador musical y actor, Blades es un abogado con estudios de maestría en derecho internacional.

Ese contenido social es aproximadamente el mismo que se pormenoriza, de modo más explícito, en los postulados programáticos del partido torrijista. Sin embargo, entre ambas formaciones políticas hay importantes diferencias histórico-estructurales. El PRD viene de la cultura política elaborada por la experiencia social, reformadora y patriótica, colectivamente adquirida durante el liderazgo gubernamental de Omar Torrijos. Al propio tiempo, consiste en una profusa red de fogueados dirigentes comunitarios y sectoriales, celosos defensores de sus respectivas autonomías, que cubren prácticamente toda la heterogénea geografía social del país, y entre quienes se establece un complejo balance de compromisos.

A su vez, como en los tiempos de Arnulfo Arias, el Papa Egoró agrupa, en esencia, a seguidores de una personalidad. Esto incluye un pequeño núcleo de jóvenes intelectuales progresistas, de escasa experiencia política práctica, autores de una documentación programática cuyo moderado tono cívico pretende hacer su proyecto «aceptable» para los poderes socioeconómicos dominantes. Y, sobre todo, a una masa inestructurada de simpatizantes de Blades, que de él esperan una conducta política de algún modo armónica con su cancionero. Pero las decisiones políticas de Papa Egoró dependen de un solo hombre, artísticamente talentoso y políticamente esquivo, que permanece en Nueva York, sede de su carrera artística.

Presencia y ausencia son, en efecto, valores de una y otra de esas formaciones políticas. El torrijismo ha estado presente en cada uno de los acontecimientos relevantes de la historia nacional en los últimos 20 años - hayan sido éstos buenos o malos -, y lo está en cada punto del territorio nacional. Se acusa al PRD de haberse doblegado a políticas oligárquicas y a un liderazgo militar que deterioraron la orientación democrático-popular del legado de Torrijos. En cambio, Blades reivindica haber permanecido fuera del país durante 17 años, como prueba de su inocencia respecto a ese deterioro y a los desaciertos y corrupciones del actual gobierno.

Derecha en horfandad

Mientras, la derecha pronorteamericana padece su peor crisis política, y esto va bastante más allá de descubrirse privada del patrocinio de Reagan y Bush. El desmantelamiento de la ex-Unión Soviética, la pacificación de Centroamérica, los problemas de la economía norteamericana y el cambio de las prioridades globales y regionales estadounidenses, introducen una novedad que la cultura política panameña aún no asume claramente, y para la cual esa derecha está totalmente impreparada: el istmo de Panamá ha perdido gran parte de la importancia

geoestratégica que antes dio razón de ser a las políticas locales de la potencia dominante, de las cuales esa derecha siempre dependió.

En efecto, nadie sabe a ciencia cierta cuáles serán las «ventajas comparativas» que, en las nuevas circunstancias, Estados Unidos y los grandes bloques económicos eventualmente encontrarán en Panamá. La oligarquía local hace mucho perdió la facultad de elaborar alternativas, aferrándose a mantener y extrapolar el esquema de asociación con el Norte - un modelo más servil que de servicios -, que heredó de sus padres. Así, por ejemplo, mientras sus voceros claman por renegociar los Tratados del Canal para retener en el país las bases militares extranjeras, Washington anuncia que cumplirá esos pactos y que las bases se irán desmantelando conforme al programa de reducción del gasto militar estadounidense.

La más importante representación política de la derecha está en el oligárquico Movimiento Liberal Republicano Nacionalista (Molirena)[3], de rasgos similares al Arena de El Salvador. Sus dirigentes dominan el sector económico-financiero del régimen desde su instalación por los generales norteamericanos, encabezan la política de «reajuste» económico neoliberal, así como la demanda de que las fuerzas militares extranjeras permanezcan en el país, y se les acusa de haber amasado grandes fortunas durante su gestión. Según la encuesta antes mencionada, detentan casi el 7,5% de las preferencias electorales.

Este porcentaje es superado por otro de los componentes de la coalición gubernamental, el arnulfismo (del cual proviene el presidente Endara), que pasa del 9%. Sin embargo, este grupo político carece de proyecto definido, su clientela política tradicional - una masa semiurbana políticamente atrasada cuyo promedio de edad es mayor que el de los demás partidos - tiende a fragmentarse. Muchos arnulfistas reflejan un sentimiento nacional tempranamente decepcionado de la alianza gubernamental que subordinó a su partido a la oligarquía, la que los explotó políticamente para sus propios fines. Cabe, incluso, que una parte de ellos coincida electoralmente con el PRD.

Finalmente, el tercer componente de la derecha tradicional es el Partido Demócrata Cristiano (PDC). Inicialmente formó parte del gobierno instalado por la intervención extranjera del que luego se separó para distanciarse del rápido deterioro de su imagen, con el fin de presentarse como una alternativa electoral

[3] Originariamente, una amalgama de fracciones del antiguo Partido Liberal, que ostentaban esos respectivos nombres.

más eficaz para darle continuidad al mismo proyecto neocolonial. No obstante, aunque se trata del partido con mayor organización y formación político-ideológica entre los que fueron llevados al poder por el golpe militar estadounidense de diciembre de 1989, su aceptación electoral ha caído hasta poco menos del 6%.

Capas medias

El PDC aún retiene alguna influencia en parte de las capas medias de la población, campo social donde son relevantes el Papa Egoró y el PRD. Con la diferencia de que el reducto democristiano es propiamente pequeño burgués - profesionales «liberales», medianos propietarios urbanos -, mientras que el de esas otras dos formaciones consta sobre todo de sectores asalariados y de cultura política consciente o espontáneamente socialdemócrata. Esta impronta es más visible en el torrijismo donde, junto a un liderazgo en el que mayorea la «clase media» asalariada, se da la presencia orgánica de sectores populares y obreros organizados en el seno del partido.

Esas características han tenido significativas proyecciones políticas. Durante el proceso desestabilizador auspiciado por la administración Reagan-Bush que, en 1987-89, precedió a la intervención extranjera, el PDC tuvo un relevante papel como organizador del frente «civilista» que aglutinó a grupos «cívicos» y empresariales, movilizando a la empleomanía del sector privado y población instrumentalizada, métodos y rasgos similares a los utilizados en Chile, 14 años antes, para enfrentar al gobierno de Salvador Allende.

En una atmósfera distorsionada por el embargo económico y la combinación de amenazas militares y promesas financieras norteamericanas, ello le permitió al PDC arrastrar tras de sí a buena parte del voto «de castigo» y a la inorgánica clientela arnulfista en las elecciones de 1989, sobredimensionándose de tal forma que obtuvo una representación parlamentaria varias veces mayor a su peso político real en la sociedad[4].

En 1987-89, esas movilizaciones tuvieron un crecido caudal de participantes, pero fueron manejadas por una dirigencia reaccionaria y antinacional, que supo explotar en su beneficio privado las insatisfacciones y descontentos ocasionados por el anterior deterioro del proyecto torrijista y por la crisis socio-económica que

[4] Ahora, con menos del 6% de las actuales preferencias, ocupa casi el 50% de las curules en la Asamblea Legislativa.

la agresión externa precipitó. No constituyeron propiamente movimientos sociales, en el sentido de expresiones autónomas ni nacionales de sectores populares, discriminados o explotados. Estos movimientos, animados y organizados por sus propias dirigencias endógenas, sólo surgirían como tales a partir de 1990, con un contenido eminentemente patriótico, además de reivindicativo. Contra las aspiraciones de la muchedumbre enajenada que participó en las movilizaciones de 1987-89, el período inaugurado tras el golpe no reanudó un proceso de democratización y justicia social, política y económica, sino de autoritarismo neoliberal, desnacionalización del país y corrupción. No de desmilitarización de la vida política nacional, sino de ocupación militar extranjera para restaurar el poder oligárquico. Las protestas alzadas contra esto a partir del 1º de mayo de 1990 dieron lugar a una recomposición autónoma del movimiento popular y, enseguida, han hecho posible emprender la reconstrucción del torrijismo.

Darse sus partidos

Este proceso recuperador aún está incompleto pero ya le da un nuevo carácter a la situación. Quienes vienen de haber sido defraudados por el movimiento «civilista» y permanecen escépticos acerca de las posibilidades de renovación del torrijismo, naturalmente buscan otras formas de reagrupamiento realmente democratizador - es decir, antioligárquico y patriótico - que pueda ser eficaz en las nuevas circunstancias. Tal es el caso de muchos seguidores de Papa Egoró. Hacen bien, porque, tras la invasión, lo que carecería de todo sentido es seguir dispersos como carne de cañón para ulteriores manipulaciones. Gústele o no a los ideólogos, el hecho es que la perspectiva electoral ha vuelto a dominar el escenario. Con esto, los movimientos sociales que antes protagonizaron la resistencia panameña hoy buscan cómo defender y desarrollar lo logrado expresándose como fuerzas político-electorales. Próximamente, ello se traducirá en la captación de mayores segmentos sociales, en la medida en que las anteriores modalidades de lucha cuajen en nuevas formas de conducción y propuestas programáticas.

Para esta etapa, el mosaico de movimientos sociales ha rebasado su propia etapa como meros organismos contestatarios y ya no son, por sí solos, los medios para que el clamor popular pueda aspirar a sus merecidas cuotas de poder. Toca a los propios movimientos hacerse presentes en estos partidos, para hacer de ellos los instrumentos adecuados para este fin.